Si un alma, como dejó escrito George Santayana, no es sino la última burbuja de una larga fermentación en el mundo, es de desear que la de Eugenio Montejo, nuestro buen amigo, siga percutiendo en nosotros. Perdurará sin duda en su poesía, pero digamos junto a Auden que no sepan sus poemas que él ha muerto.

Eugenio Montejo me honró con su amistad y su confianza; el casi centón de cartas que de él conservo, atesoradas a lo largo de los treinta años en que nos tratamos, dan prueba de ello. Confianza y amistad propiciaron que varios lustros después de tenernos el uno al otro como interlocutores epistolares me convirtiese en su editor. Publicarle supuso para mí una de esas tareas por las que uno siente cumplida con amplitud su labor de mediación. Es decir, me basta haber servido de puente entre un poeta de su altura y sus lectores. Aun a riesgo de ser injusto y poco objetivo, tengo para mí que Montejo ha sido sin lugar a dudas una de las más sobresalientes voces poéticas de nuestra lengua en la segunda mitad del siglo XX.

La condición de gran hombre no siempre va unida a la de un gran poeta, pero en el caso de nuestro homenajeado ambas facetas se identifican con sobrado derecho. De seguro no habrá ni una sola persona que haya tratado a Eugenio Montejo que me contradijera si afirmase que fue un espejo de caballerosidad en esa rara combinación, que se da casi en exclusividad entre los *verdaderos*, de humanidad y modelo de obediencia a la realidad, de cercanía con todo lo vivo y bonhomía. No me

EDITORIAL PRETEXTOS

cabe la menor duda de que muchas otras vidas y obras se entrecruzaron en nuestro poeta para poder encarnar la obra que nos desveló. A él se le pasó el testigo de una voz que venía de muy lejos y que finalmente, como era de prever, le reclamó para sí.

Si una de las misiones de la literatura es impedirnos olvidar –siempre sostengo que edito aquello que no logro olvidar–, la poesía de Eugenio Montejo se nos reveló, entre otras cosas, para recordarnos no sólo que existe lo natural, sino que lo natural nos sobrevive. Todo poeta que se precie nos dice quiénes somos porque reactiva en nosotros la conciencia de creer en la dignidad de lo vivo y la importancia de lo real en un mundo que descree incluso de sí mismo. La poesía, en fin, como nos han enseñado poetas de la naturaleza de Tomás Segovia, José Watanabe, Darío Jaramillo o el propio Montejo, sólo por nombrar a unos pocos, se hace con la sustancia de la vida personal y bien concreta, no puede apoyarse en otra cosa.

Una de las principales virtudes de la poesía de Montejo radica en haber partido de la idea de que el poeta debe vincularse con la vida. Por lo general, como nos apuntaba António Ramos Rosa, en el poeta venezolano constatamos "la insuperable nostalgia de una conciencia con los seres y las cosas del mundo". El poema, en fin, para Montejo, necesita encontrar la vida, nunca sustituirla ni acallarla. O con otras palabras, nos hace vivir en el poema lo que él vivió en la vida. No recrea una emoción, sino que la crea, le otorga vida desde el poema, pues sin sentimiento resulta todo bastante gratuito y superficial. El sentimiento, como señala Blas Coll, uno de sus inolvidables heterónimos, es la vocal, el plan, la consonante.

En el prólogo que preparó Eugenio Montejo para la antología de Vicente Gerbasi publicada por Pre-Textos, decía con

EDICIONES PRE-TEXTOS

palabras de un poeta brasileño por él muy valorado, Cassiano Ricardo, que en poesía «lo afectivo es siempre lo efectivo». La poesía de nuestro homenajeado da buena prueba de ello: emoción y eficacia, la vocal y la consonante, son sinónimos cooperantes en el interior de un poema, cuya efectividad en la recepción depende precisamente de su equilibrada comunión, de esa aleación entre corazón y técnica. En suma, que en arte no es posible alcanzar naturalidad sin emoción. Según esto, la única moral imputable a la escritura es aquella que la ata al buen decir de la obra, a la palabra exacta, a la palabra acertada y precisa que, en este caso, es siempre la más emocionante. El lenguaje, pues, se desliza sin arrequives por un lenguaje casi despojado de experimentalismo y lleno de experiencia.

Nada más ajeno a la poesía de Eugenio Montejo que la retórica. Al contrario, hay en aquélla una suerte de esencialidad, de dicción mesurada y necesaria, que nombra a las cosas como deben decirse. Para el poeta nombrar es dar vida y dar vida es incorporar los hechos y las cosas a la corriente vital. En realidad, lo que hizo fue asumir un compromiso de fidelidad con la cosa misma, un compromiso de realidad y certeza, como si fuera la palabra la que se dijera en el poema sin vagas mediaciones ni confusos intermediarios.

Es precisamente en ese gesto de lealtad con el mundo donde Montejo fijó su concepto clave de *terredad*. El poeta lo explicó así: "Aunque la invención de palabras no es de mi agrado y, por el contrario, prefiero las voces más simples y antiguas, he titulado este nuevo libro *Terredad* porque creo que sirve para definir con bastante proximidad la condición tan misteriosa de nuestros días en la tierra. Sobre su contenido nada quisiera añadir para dejar que los poemas hablen por sí mismos con lo poco que tengan de valor". Se trata como de un esfuerzo por inscri-

EDICIONES PERIFERIA

bir el rumor de la naturaleza en el espacio del poema y hacerlo en tanto experiencia inmediata, definitiva y absoluta, parte de nuestra definición terrena, como dijo Esperanza López Parada. Para añadir que desde la condición de *terredad* se nos habla de una tierra mítica, sin rasgos exóticos ni localismos, una tierra y un trópico comunes y compartibles por todo el orbe. Es decir, la terredad, que otros usarían como elemento de definición regional, supone justo lo contrario, viene a ser el rasgo de universalidad que une al poeta americano con el resto, la condición de todo ser viviente.

Los poemas de Montejo sin pretenderlo, sólo acogiéndose a su obediencia a lo vivo perenne, cooperaron a transformar la vida, la vida falsa, en la verdadera vida de la que a menudo nos ausentamos por la tendencia que tenemos a abstraernos u obsesionarnos, anverso y reverso de una misma moneda. En fin, que el gran poeta que es en el presente continuo en que ya vive nuestro amigo sigue ayudándonos a entender que sentir es la manera más profunda de comprender.

Él no pidió a la poesía más forma que la vida, "la vida como vino entre las horas del tiempo en que crecimos". Es decir, en su palabra poética no cabía más forma que la que da la vida, y su poesía supuso siempre una incursión respetuosa en la rea - lidad. El espíritu de la poesía de nuestro poeta tiende naturalmente a mezclar las realidades opuestas, la presencia y la ausencia, la memoria y el olvido, la vida y la muerte. El puro reflejo de todo en algo que está también en nosotros.

Fue Gustavo Guerrero a quien le cupo la triste tarea de comunicarme la desaparición de nuestro muy querido y común amigo. El mismo día en que me llegó la noticia de su muerte

EDITORIAL RENACIMIENTO

me puse a tratar de actualizar su memoria, a tratar de contribuir del modo más firme posible a favorecer cierto *continuum* de su presencia entre nosotros. Pues es evidente que nuestro apego real a los seres que las horas idas trajeron nos impele a no querer despedirnos de ellos. Aliado a Gustavo y Aymara, la mujer de nuestro poeta, pergeñé esta suerte de libro colectivo en honor de nuestro amigo desaparecido.

Está visto que cada vez nos gusta menos hablar de la muerte, que la muerte ha sido borrada de nuestras vidas. Nadie parece ser consciente de sus consecuencias ni de su amplitud simbólica. Nadie quiere mirar el rostro de un muerto, nadie desea "oponerse" a él. De ahí que en el fondo también rehuyamos la vida, nos sustraigamos al efecto rectificador que nos impone la realidad. Es decir, llegó la muerte y empezamos a hablarnos unos a otros de manera distinta.

Alguna vez he escrito que un verdadero amigo nunca muere, jamás, mientras nosotros permanezcamos aquí y queramos perpetuar su memoria, esa manera sutil de prolongarla en el tiempo, de hacer "eternos" a quienes ya se fueron. Por fortuna Eugenio Montejo nos sobrevivirá, quedará su poesía.

La poesía tiene el poder de hacer hablar a los que carecen de voz, de hacer reaparecer a los que se fueron hace tiempo, de acercarnos a aquello con que nos separa una distancia inabarcable, la distancia que media entre la vida y la muerte. Dar vida a la inmortalidad. Inmortalizar la siempre prematura y verdadera muerte de alguien a quien queremos es un deber de amor porque el amor no sólo se somete, también ordena, no sólo entrega, también conserva. Se busca al otro en el vacío que el otro dejó en nosotros.

EDITORIAL PRETEXTOS

Quiero agradecer en el nombre de Aymara, de Emilio Montejo, el hijo de Eugenio, de Gustavo Guerrero, en el mío propio y en el de la editorial Pre-Textos cada una de las colaboraciones que conforman este libro, aportaciones de la amistad que se oponen como un muro de lealtad al silencio que la muerte querría imponernos.

EDITORIAL PRE-TEXTOS